

C. L. C. T. / 1

DISCURSOS

leídos ante la

**Real Academia de Ciencias, Bellas
Letras y Nobles Artes, de Córdoba**

en la recepción de

Don Juan Carandell

el 30 de abril de 1930



CORDOBA
MCMXXX

DISCURSOS

leídos ante la

**Real Academia de Ciencias, Bellas
Letras y Nobles Artes, de Córdoba**

en la recepción de

Don Juan Carandell

el 30 de abril de 1930

CORDOBA
MCMXXX

IMPRESA CORDÓN. - CABRA, CÓRDOBA

Reg. 7020

Obsequio del recipiendario.

Andalucía: ensayo geográfico

DISCURSO DE

DON JUAN CARANDELL





EXCMO. SR.;
SEÑORES ACADÉMICOS;
SEÑORAS Y SEÑORES;

CUANDO la Real Academia de Córdoba me llamó a su seno a fines del año 1928 sin duda debió tener en cuenta ya que no mis méritos, lo que de mí mismo pudiera prometer el temperamento inquieto que, bien a pesar mío a veces, me distingue. Un hombre inquieto, travieso, de esos que como vulgarmente se dice quisieran estar en todo lo que sea laborar con desinteresado afán, es preciso situarlo, es decir, encauzar sus energías impetuosas, quitándoles lo de desordenado que tengan, y traer el caudal a las tierras llanas, suaves, donde el agua se remansa y fertiliza. Tierra llana, suave, apacible, tranquila, es para mí la Real Academia de Córdoba, como trasunto del paisaje bético; hasta el antiguo edificio que ocupa llega el suave acento del Guadalquivir, cuyos plácidos meandros tienen la curva del seno de mujer que amamanta al hijo de sus entrañas, que es la Vega.

La Real Academia de Córdoba, pues, toma de la mano a este hombre cuyas sempiternas inquietudes no casan con las canas que a modo de castigo la naturaleza le ha enviado, y a su vez yo quiero disponerme a canalizar el torrente que llevo en mí con el fin de sintonizar sus ondas irregulares, de ritmo descompasado, con las vuestras, que son como latidos de un corazón que vibra en perenne madurez, porque anidan en él los sentimientos más puros del alma cordobesa. Porque la Real Academia de Córdoba, sean cuales fueren los derroteros que Córdoba haya tomado, tome o tomare, constituirá siempre el tesoro de la ciudad, tan valioso como el más valioso de sus monumentos. Los monumentos son la reliquia del pasado. La nueva humanidad, que será más feliz que la presente, levantará también sus templos; pero esos templos serán bibliotecas y sobre todo laboratorios y Academias. Plazca a los hados que la Real Academia de Córdoba, por sus libros y publicaciones, pedazos del espíritu y girones de la vida que van dejando, como semilla al viento, los egregios miembros que la componen, siga siendo siempre el puro metal que queda en el crisol donde el tiempo va quemando inexorablemente tantas vanidades inútiles y tantos prestigios flor de un día, y que sea la suprema institución mentora de los destinos de Córdoba; más aún, los desti-

nos de Andalucía, que son los de España, pero que deben ser los de algo que vale tanto como este suelo: América, ya que no África.

Es, pues, tan elevado el sitio que se me ofrece, coloco a tal altura la misión de una Academia de ejecutoria tan noble, de nombradía tan universal como la de Córdoba, que yo, al llegar a esta cuartilla, me siento desfallecer. Mas es preciso mirar adelante, avanzar hacia el peligro, hasta caer inclusive. No puede retroceder quien lleva un título, el título de Maestro de juventudes, porque fácilmente se adivina que la Real Academia honra no tanto a la persona a quien ha llamado, sino a toda una colectividad, que tendrá sus defectos, porque las colectividades son algo que no vive fuera de las órbitas planetarias, sino que se nutre de la misma sociedad a quien da las luces del entendimiento... Esta colectividad que me manda, con gesto invisible pero con gesto que percibe quien siente los dictados de la conciencia colectiva, es la pléyade de Maestros de Escuela que desparramados por los ámbitos del solar español arañan con el pobre arado romano que ponemos todos en sus manos la corteza reseca y dura de los páramos en que se agostan los cerebros del pueblo; son esas legiones de profesores de Institutos, Escuelas Normales, de Comercio, de Oficios, de Peritaje Agrícola, de Veterinaria, de Universidad, que se debaten no pocas veces en la incomprensión, en el egoísmo, en la rutina, y que quieren trabajar sobre un yunque robusto, compacto, amasado con inteligencias y con sentimientos captados por aquella bendita Escuela Nacional, a la que debieran acudir todos los españoles del mañana sin distinción, de igual modo que rodando los tiempos hasta en España ya es legal y efectivo el precepto que después obligará a esos mismos españoles, sin distinción tampoco, a empuñar las armas, sean las que defienden en el frente un pedazo de territorio, o una idea, o las armas del libro, del laboratorio, de la fábrica, del campo, que a retaguardia nutren y cubren a los que el turno situó en el que ha venido llamándose campo del honor.

Para redactar un mal discurso de ingreso que leer desde esta tribuna por donde han desfilado oradores y recipiendarios ilustres, el año y medio transcurrido desde la fecha de mi elección ha sido largo. Y, como todos los que nos quedamos en la categoría de eternos aprendices, me he visto forzado a ensayar varios temas. ¡Octubre de 1928! ¡Qué años esos últimos, sobre todo desde el 26! ¡Qué años de prueba para el profesorado nacional! Recuerdo muy bien cómo mi pluma, que es torpe mas no remisa, rasgueaba con afán sobre cuartillas y más cuartillas. Se trataba de un discurso de ingreso que no os voy a leer. Ese discurso queda por ahora archivado, para reaparecer cuando y donde sea preciso, aunque ya no tendrá el valor que hubiera tenido

antes de finalizar el mes de enero de este año histórico y de coincidencias tan aleccionadoras. A falta de méritos literarios y doctrinales, permitid que os diga que hay en él un fondo de repulsa contra algo que en fechas recientes gozó de la máxima y arbitraria infalibilidad.

Ese discurso nonnato es, como el libro que no se ha escrito, el desahogo de un espíritu aherrojado que tuvo por lema, en cuestiones de fundamental ciudadanía cultural y ética, una palabra: no conformidad. Leído ahora mismo, no habría perdido ni un átomo de actualidad, porque otra vez vuelve a ponerse sobre el tapete la eterna cuestión del bachillerato o enseñanza no secundaria, como vulgarmente y con notoria impropiedad se dice, sino enseñanza media, y que es el verdadero eje de la cultura de un país, y, con mayor motivo, de la cultura nacional.

Y ahora sí que puedo decir, subrayando el pensamiento de los que me escuchais, que nunca segundas partes fueron buenas. No tanto porque el tema que voy a tratar brevemente no encaje mejor, si cabe, en mis aficiones y aprendizajes; sino porque todavía resuenan aquí las cadencias suaves, placenteras como un madrigal o un nocturno de Chopin, con que el paisaje y el alma cordobeses fueron cantados por un poeta no ha muchas semanas. Después de la poesía, ¡qué ingrata al oído suena la prosa! ¡Ni cómo vestir con ropaje literario los planos y las aristas de la ciencia!

Hace cinco años tuve la honra de disertar ante esta Academia acerca de la Sierra de Cabra como centro geográfico de Andalucía. Cuán lejos estaba yo entonces de que al cabo de poco tiempo hubiese de venir a Córdoba y algún día volviese del revés aquella conferencia, estudiando también el paisaje andaluz desde aquí, ya que antes lo hiciera desde el Picacho de la Virgen de la Sierra por antonomasia.

El paisaje geográfico, la faz del pedazo de tierra en que vivimos, exige, como todo rostro de mujer, un espejo en que contemplarse. Y este postulado, esta exigencia, me la planteo siempre que contemplo una perspectiva, formulando esta pregunta: ¿cómo se verán los términos inmediatos al que constituye la atalaya desde donde miro, embriagado, el panorama, cómo se verán desde los más lejanos picos que cierran el horizonte? Esta pregunta resume mis ansias de paisaje; nunca me quedo satisfecho con ver de él una cara, cual telón de teatro, sino también el revés. Es lo mismo que debiera sucedernos en todo instante a los hombres: no sólo ver, por introspección nuestra alma interior, sino vernos totalmente desde muy fuera y desde muy alto.

El ilustre profesor norteamericano, Willian Morris Davis formula así la exigencia a todo hombre que aspire a ser culto y moderno:

«Un pueblo culto debe conocer su propio país. El quantum de civilización de un pueblo viene representado por el cuidado con que está reconocido su territorio. Conócete a ti mismo es un aforismo tan aplicable a una nación como a un hombre».

El territorio nacional, y particularmente el andaluz, está, en este respecto, muy bien reconocido topográficamente. Incluso la Sierra Nevada lo está por procedimientos barométricos, precursores de un estudio más completo en plazo no lejano. España cuenta, en el orden de la cartografía, con un servicio que está a la altura de las naciones más adelantadas.

Pero fuerza es consignar que los españoles andamos poco versados en asuntos de mapas. Conocemos malos mapas nacionales, a veces sólo a través de las socorridas guías de automóviles. Para hallar en una librería un simple mapa provincial, se ve cualquier ingenuo curioso en un verdadero apuro. Entre tanto, los buenos, los excelentes, los monumentales mapas topográficos españoles no son conocidos más que por unos centenares de Ingenieros de Caminos, de Montes, de Minas, Agrónomos, y del Ejército. El resto, no los conoce, o los conoce apenas.

Pero hay más que el mapa topográfico. Está lo que se llama su lectura, es decir, la interpretación de sus curvas llamadas de nivel o isohipsas.

Mas esto tampoco es bastante. En todas partes del mundo los organismos oficiales se ocupan ya de levantar no sólo la planta, que diríamos, de la superficie terrestre, sino el alza; en una palabra, la perspectiva natural considerada desde puntos singulares como los vértices geodésicos. No se me olvidará jamás la impresión que me produjo ver un día en el Instituto Geográfico Catastral de Madrid, y otra vez en la Sorbona, sobre sendos lienzos de pared, la formidable vuelta de horizonte, es decir, desarrollo sobre una ancha tira de papel que mide trece metros de largo, en que está maravillosamente representado todo cuanto se divisa desde la cumbre excelsa del Montblanc. Allí, el geodesta francés Helbronner, con la fotografía, con el dibujo y con la acuarela ha legado para la Humanidad el tesoro de los paisajes más sublimes de Europa. Y de esta guisa, franceses, alemanes, italianos, suizos e ingleses, rivalizan en ir archivando monumentales representaciones gráficas que, al acompañarlas a los mapas topográficos, causan sobre el estudioso la sensación de una nueva dimensión que complementa lo que siempre hay de adivinación y tanteo cuando se interpreta, cuando se lee un mapa.

En España se han echado jalones para esta obra ingente de poseer un Archivo del paisaje; pero no un archivo que esté muy bien

guardado en los laboratorios y centros de Madrid para uso de los elegidos que huyendo de la provincia en Madrid se quedan, sino un archivo que viva la vida de la letra impresa y la litografía, que circule de biblioteca en biblioteca, de escuela en escuela; que así como aspiramos a que cada ciudad, cada pueblo, cada reliquia histórica, tenga su historia documentada a base de la fotografía y el comentario crítico, cada población, o cada ciudad, o cada sierra, o cada río, tengan su libro atrayente que nos ponga en contacto con todo ello mediante la buena fotografía, la buena acuarela y el mejor y más fiel dibujo—aquí no cabe el arte libre y subjetivo, sino el arte ingrato de la esclavitud del cristalino humano a la realidad objetiva—al lado del buen mapa y al frente de la historia geológica y geográfica. Y sobre esto, la vida del hombre, que, desde su lengua y sus trajes y sus costumbres y tradiciones, hasta sus más insignificantes acotaciones económicas, todo, todo, es producto del paisaje, como éste es a su vez producto de la historia geológica, de la localización geodésica y del clima. Ya lo decía Giner de los Ríos al hablar del paisaje castellano.

Hemos nombrado un nombre: Giner. Inmediatamente he de enumerar otros, pocos, porque en punto a descriptores del paisaje, los españoles hemos producido poco, y sólo en tiempos recientes; nombres antes a los extranjeros, a Teófilo Gautier, a Mauricio Wilkamm, el inolvidable botánico, a Mauricio Barres, tal vez a Pierre Loti; y entre los nuestros, que no alcanzan más atrás del siglo XIX, a Jacinto Verdaguer, a D. Juan Valera, a Blasco Ibáñez, a Azorín, a Miró. Los demás autores no han sintetizado el paisaje; de él no han captado más que algún que otro detalle; la literatura española, como la griega, ha estado consagrada exclusivamente al hombre; ha producido realistas y observadores profundos, dramaturgos vigorosos, místicos de talla gigantesca; por el contrario, sería tarea difícil echar la mirada, con esperanza de éxito, sobre los paisajes. No así las literaturas germánicas e indias.

Remontemos, pues hora es ya de ello, el escarpe de Sierra Morena y situémonos en las Ermitas, ese bello mirador que tan grato debió serle a Grilo por cuanto, embriagado de panorama, se olvidó de hablarnos de éste para dirigir la mirada vertical al cielo... Allí haremos la primera estación de un viaje ideal que algún día, acaso no lejano, será corriente efectuar en muy poco tiempo, pero que yo realizaré mentalmente ahora, saltando a través de la Campiña hasta la cumbre de la Sierra de Cabra, y desde ésta, a la del Veleta, en Sierra Nevada, para regresar luego, al punto de partida y ver así el revés de la decoración, el reverso de la medalla. De esta suerte, al mismo tiempo que describamos y expliquemos, que son dos cosas muy distintas,

el paisaje cordobés, explicaremos y describiremos el paisaje granadino y malagueño, con lo cual habremos sintetizado el paisaje andaluz al proyectar sucesivamente la mirada a lo largo de una línea casi meridiana que atravesando de Norte a Sur a Andalucía recoge de esta región los tres grandes elementos de que consta, elementos que antes de enumerarlos, y que ya adivináis, podéis representaros en el acto, y con fines de trabajo mental, como «hipótesis de trabajo» como se dice ahora, por un tomo de enciclopedia echado sobre una mesa, pisando un cuaderno de papel o un block de cuartillas que empujáis por el borde libre contra el voluminoso libro que hace de muro resistente. Las cuartillas se ondulan, se arrugan; las de encima de todo acaban por resbalar sobre las otras al empuje de vuestra mano, pero con la otra mano seguís empujando siempre; en definitiva un mar rizado de ondas de cuartillas avanza contra el muro. Ahí dejáis la tarea; habéis construido, conmigo, la máquina con que se fabrica, en miniatura, una porción de la tierra que se llama... Andalucía. ¿Qué cuáles son en Andalucía aquel voluminoso tomo, y aquellas cuartillas, y esas ondas enhiestas y esos cóncavos valles? Hélos ahí: el tomo es la Meseta ibérica, y su lomo o tejuelo, el escarpe en cuyo borde, las Ermitas, estamos; las ondas que resbalaron avanzando empujadas por una mano, las Sierras de Cazorla, Mágina, Jabalruz, Cabra, Priego, Rute, Yeguas, Pruna y Grazalema y Ubrique. Las otras ondas que tras ellas levantó la otra mano, las Sierras Filabres, Nevada, Almijara, Tejada, de las Cabras, del Torcal y Abdalajís, del Burgo, de Tolox, la Serranía de Ronda; el Sistema Bético por antonomasia. Los cóncavos valles—y perdonad el adjetivo redundante más necesario para la asociación de ideas—son, sencillamente, las altiplanicies de Baza y Guadix, de Granada, de Antequera y Bobadilla, de Ronda, y, aludiendo al espacio que media entre el voluminoso tomo y las ondas de cuartillas que resbalaron en su avance, el Valle del Guadalquivir, de este Guadalquivir que arranca a Francisco de Rioja estas palabras:

Corre con albos pies al espacioso

Océano, veloz tarteso río,

Así no ciña el abrasado estío

Tu dilatado curso glorioso,

pues—dice Góngora—*dejando tu nido cavernoso*

De Segura en el monte más vecino,

Por el suelo andaluz tu real camino

Tuerces soberbio, raudo y espumoso.

Ya hemos definido, pues, Andalucía, y esta definición cabe traducirla no sólo a todos los idiomas, sino a todos los equipos mentales,

por ser definición geográfica, no meramente descriptiva, sino explicativa; la descripción, y no más, no satisface al lector que quiere representarse, graficar en el cerebro, un país que desconoce. La geografía moderna describe explicando, con el cómo y el porqué impertinentes en los labios.

Traduzcamos a términos más científicos, pero en el fondo los mismos, lo que hemos dicho, acaso ramplonamente, del voluminoso tomo y del block de cuartillas. Aquél, es decir, la Meseta Ibérica, es un artificio más de nuestra hipótesis de trabajo; de libro no tiene más que lo de fuera; un prestidigitador nos ha jugado la inocentada; las tapas es lo único que el libro tiene de tal; por dentro, todo está arrugado y prensado; es que antes había cogido una cuantas resmas y las había comprimido fortísimamente; después colocó todo debajo de una guillotina y así simuló una cara del libro; sobre ella ha imitado la tapa que vemos por encima. La definición de la Meseta, con sus aledaños que se llaman Valle de los Pedroches, sierras de Alcudía y Fuencaiente, Sierra de los Santos, etc., la tenéis completa. Un haz de ondulaciones, arrugas o plegamientos antiguos, y por tanto, una pretérita cordillera, que la guillotina secular de la erosión ha ido arrasando y transformando en una casi llanura. Otro guillotínazo normal a ese de la erosión ha cortado el tejuelo del falso tomo: es ese escarpe que desde la Sierra de Alcaraz, y quién sabe si desde la costa alicantina o más lejos, se dirige hasta el Cabo de San Vicente o más lejos aún, y que llamamos con imprecisión Sierra Morena; y digo con imprecisión porque de tal sierra únicamente está el tejuelo, es decir la vertiente bética o meridional, puesto que la vertiente septentrional no la ha visto nadie todavía, toda vez que habría que buscarla acaso en los alrededores de Toledo, o en las costas de Galicia; tan ancha es, pues, la divisoria que, lejos de ser una línea, una arista, es nada menos que la superficie inmensa de la ancha Castilla, interrumpida por otras arrugas que forman las Sierras de Guadarrama, Béjar, Peña de Francia, Gata y Estrella, y surcada por el Duero, el Tajo y apenas por el Guadiana.

Desde las Ermitas vemos al fondo dos siluetas; las más lejanas, blanqueadas por la nieve, asoman entre el Ahílo de Alcaudete y el macizo de Cabra, y constituyen la imponente Sierra Nevada; y por la derecha de la Sierra de Rute contemplamos las de Loja, Archidona, Jarcas, Cabras, Torcal y Abdalajis. La Campiña oculta momentáneamente las del Chorro, pero a la derecha de las Sierras de Estepa y Yeguas vuelven a aparecer otras, que son las de Pruna y Grazalema. Todo eso es el conjunto de las cuartillas onduladas y arrugadas que han quedado rezagadas con respecto a las que resbalaron, como si

viniesen al asalto de Sierra Morena y la Meseta, y que son las sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Fuensanta, Ahílo, Cabra, Priego, Rute, Estepa y Yeguas, más esas de Pruna y Grazalema, que han resbalado menos, avanzando menos.

Permitidme que os diga que no es que Africa llegue a los Pirineos; Africa llega hasta la Campiña cordobesa; Europa, el elemento europeo de Andalucía, es Sierra Morena. Las invasiones geológicas recientes vienen de Africa (lo mismo que las humanas). Europa resiste en los escarpes de Sierra Morena. El Guadalquivir es, pues, geográficamente hablando, no literariamente, no en metáfora, el hijo de la negra Africa y el rubio continente eurasiático.

Córdoba, la Córdoba magna del califato, se asienta en la línea de enlace entre lo europeo y lo africano. Granada y Málaga, están sobre el pedazo de Africa que el Mediterráneo inunda en parte y separa aparentemente del continente negro. Así, pues, si Ganivet, lo mismo que Pi y Margall en «Las Nacionalidades», admitía dos Andalucías, la alta y la baja en sentido de Este a Oeste, yo postulo la existencia de dos Andalucías, la africana y la europea separadas por el Guadalquivir y las Campiñas de Jaén, Córdoba y Sevilla.

¡Qué epopeya la de la última gestación de la región andaluza, la de ese colosal desgaje de la Meseta Ibérica que hoy contemplamos desde la Campiña cuando miramos el muro de la Sierra Morena, la de aquel ondularse y replegarse de los fondos del mar que surgieron al exterior de las aguas que llenaban el ámbito inmenso que se extendía desde la Sierra Morena hacia el Africa remota; qué grandeza la del fenómeno geológico en virtud del cual surgían primero una gigantesca cordillera, de la cual se destacaban con violento estrépido las elevadas cumbres y formando arrolladora falanje, cual marea de rocas, avanzaban hacia acá hasta que las resistencias pasivas acababan por detenerla en su marcha al ataque de Sierra Morena! Verdaguer canta la epopeya de la apertura del Estrecho de Gibraltar. Pero este hecho geológico y geográfico es insignificante comparado con la orogenia de los Alpes y con la génesis de la Cordillera Bética y del suelo andaluz. Sólo en el Ramayana se lee algo digno de este verdadero parto de los montes, acaso en Rudyard Kipling. «Al ver a Ravana que corría con rápido vuelo con su arco y su dardo inflamado, el monarca de los simios salió a su encuentro, impaciente de medir sus armas con él. El soberano de los monos arrancó con sus brazos vigorosos la cima de una montaña, y levantando aquella mole arrojóla contra el rey de los raksasas. Al ver aquella montaña que se precipitaba sobre él, de pronto, el héroe decacéfalo la cortó con unas flechas parecidas al cetro de la muerte.» Hanumat, que poseía la fuerza del viento, asíó

la montaña, lanzóse prontamente a los vientos con ella, y partió con rapidez». Cargado con su gran alpe, Hanumat descendió cerca de Lanka, y dió cuenta de su misión a Sugriva, a Rama y a Vibisana. El noble ragüida le dijo: «La obra que acabas de realizar, héroe de los monos, iguala a las acciones de los propios dioses. Pero es necesario que devuelvas esta montaña al lugar de donde la has tomado, pues es el lugar donde los dioses vienen a recrearse en cada nuevo plenilunio».

Pero basta de poesía; frenemos la imaginación. Decíamos antes...

Al pie del escalón de las Ermitas, de esa herida o cicatriz que nos permite comprender en el acto la estructura del alto país cordobés— el tomo voluminoso de nuestra hipótesis de trabajo— se extienden varias colinas, cuyo conjunto forma lo que llamamos por antonomasia el Brillante. Su altura sobre el mar es la misma que la de la Campiña. Representan un trozo de Campiña que la muesca del Guadalquivir separa de ella. Fijáos en que esas colinas tienen un remate plano, con ligera inclinación hacia el valle. «Albarizas», «cuevas», «mesas» son nombres de cortijos. Aquí y allá canteras de caliza y hornos; por doquier, manantiales, huertas. La caliza está en bancos superpuestos, y con altura uniforme. Unidlos mentalmente por encima de los barrancos y cañadas y reconstruiréis el gran plano inclinado o «cuesta» que se extendía al pie de la Sierra de Córdoba y se continuaba insensiblemente con la Campiña. Pero el río lo ha cortado, y los torrentes de la Sierra, impetuosos, salvajes, han completado la obra.

Más allá el Guadalquivir, ciñendo a Córdoba, se nos aparece con toda la opulencia de un río maduro; pero ha sido joven en tiempos pretéritos; ha sido destructor, como sierra de cinta que muerde incansable la muesca de su propio lecho. Hoy discurre hondo; pero ciñen a ese Brillante otras pequeñas lomas cuya composición en conglomerados revelan las trincheras de las vías férreas: aquellos guijarros son eco de una fase anterior en que el río discurre a más altura y a mayor velocidad que hoy. Córdoba tiene su parte alta y su parte baja; las cuevas del Bailío, la calle de Claudio Marcelo, la de Jesús María son el escalón que separa dos tableros, dos terrazas, dos fases en ese ahondamiento que el Guadalquivir ha operado hasta adquirir, aquí en Córdoba, el perfil de equilibrio que hoy tiene. Equilibrio, no; que el Guadalquivir es un río que vive la tragedia del que súbitamente adquiere caracteres torrenciales que le hacen abandonar la mansedumbre que de ordinario tiene, aumentando su caudal en cientos de veces el ordinario. Buena culpa de ello tienen los barrancos de la Sierra, que hienden el escarpe y lo recortan en un laberinto de afiladas cuchillas que por la mayor dureza de las rocas quedan en alto y avan-

zan hacia el Sureste hasta desaparecer bajo los terrenos de la Campiña; esos barrancos serreños vierten al Guadalquivir en pocas horas la casi totalidad de las aguas de lluvia caídas en un momento dado, escupidas por un terreno impermeable y no retenidas por una masa de bosques que no sólo debiera constituir un lujo, gala y orgullo, y una fuente liberadora de cargas económicas para no pocos pueblos de la Sierra, sino que serían la esponja que retuviese las aguas salvajes y regulara el caudal del Guadalquivir.

Los meandros del río no están nunca fijos; el Guadalquivir divaga, es decir, muerde en unas riberas y regala detritus a las contrarias. Como todos los ríos, tiene un lento movimiento pendular. Ved los cortes que abre en las arcillas azuladas de la Campiña, a cuyas expensas el Guadalquivir va ensanchando más y más la planicie de su propia Vega, que aquí en Córdoba, donde se inicia, es estrecha, pero que más abajo de Sevilla es amplísima.

Levantemos muy poco más la mirada, y toparemos con la Campiña. Por nuestra izquierda aparece en contacto con la Sierra Morena allá por los términos de Bujalance, Carpio, Pedro Abad; desde estos puntos hasta nuestra extrema derecha, enfilando casi el castillo de Almodóvar, la Campiña parece el mar; un mar con manchas verdes oscuras en unos sitios, los olivares, separadas por amplios espacios que cambian de color con el ritmo de las estaciones y que son verdaderas alfombras de flores en la primavera, y verdadero oleaje en los trigales cuando los azota el solano. La Campiña parece todavía el mar que fué en períodos no lejanos, y sus lechos arcillosos alternando con arenas conservan la casi perfecta horizontalidad que tienen los sedimentos que en el fondo de los mares se depositan. Hacia el Sur comienzan a aparecer ondulados, al empuje de las Sierras de Rute, Priego, Cabra, Alcaudete y sierras jienenses.

Casi todos los pueblos campañeses están sobre suaves y redondeadas cumbres a altitud uniforme. Si pudiéramos devolver a la Campiña toda la tierra que los arroyos y regatos le han arrancado, sería plana como la palma de la mano. Cada pequeño curso de agua es una sierrecita de cinta que corta aquí y allá, en afanosa labor de marquetería, y cincel de escultor que en lo que antes fué plana superficie, modela toda una teoría de repechos y suaves vaguadas. Una pregunta ahora: ¿porqué la Campiña no tiene, y agradezcámoselo, ni los estratos de yeso ni el caparazón de calizas que dan un rasgo tan característico a los páramos castellanos y a la cuenca del Ebro? ¿Es que a causa de la comunicación constante que con el Oceano tuvo el brazo de mar que la ocupara, no se concentraron aquellas sales minerales en una cuenca cerrada? ¿Es que el Guadalquivir y sus afluentes

se lo habrían llevado todo, como si quisieran limpiar este suelo de todo lo que le quitase esterilidad, brindando así al hombre, al pueblo andaluz el regalo de esas arcillas tan fértiles, y más que las de ninguna otra región española?

Demos el salto a la Sierra de Cabra. Bajo nosotros desfila el Guadajoz, con sus recortados meandros, con aquel desplazarse continuo como un ofidio o como el péndulo de un reloj, ensanchando siempre su cauce y dando la impresión de un río demasiado pequeño para tan amplio valle como el que nos presenta en Torres Cabrera. Para dar una pincelada geográfico-humana, os diré que si nos acompañase un castellano de León o Palencia, se sorprendería de que en nuestro salto sólo distinguiésemos bajo nosotros media docena de grandes pueblos; el buen leonés no se explicaría porqué en su tierra pasarían no de media docena, sino de un centenar largo de pequeños pueblos, e inmediatamente vendría a sus labios el nombre de un Borbón ilustre que allá en el siglo XVIII implantó la primera Dictadura en España, la Dictadura de la inteligencia: aquel buen Carlos III que no ya una plaza, sino el mejor monumento debiera tener en Córdoba. ¡Manés de Olavide y de Polo de Alcocer! ¿Porqué no ilumináis la inteligencia de nuestros hombres agrarios para que la colonización de la Campiña prosiga y no exista el cada vez más peligroso desequilibrio entre una ciudad y unos pueblos tentaculares, y un campo desierto que impide la pequeña propiedad y el cultivo intensivo e integral de la tierra, haciendo de ésta una cadena de industrias de la que hoy faltan casi todos los eslabones?

Pero ya estamos en el Picacho de la Sierra de Cabra, es decir, sobre una de las encrespadas ondas que avanzaron resbalando en nuestra experiencia fundamental. Por doquier, cresterías de caliza, que enmascara el agua que guarda avaramente en lo profundo de las entrañas, La Fuente del Río, en Cabra, la Fuente del Rey, en Priego, y mil más. El paisaje calizo reserva estas sorpresas; es la esponja que envía a lo hondo el agua de lluvia, y la rezuma en las faldas de la montaña. Si nuestros hombres de la Sierra Morena creyesen más en la función social de la propiedad y menos en el acomodaticio derecho romano, verían en los bosques también una esponja; mil fuentes aparecerían por todas partes, y en lugar del cultivo de secano en tanta extensión, tendríamos no poco regadío por doquier y no pocos pequeños propietarios verdaderos artistas de la agricultura, en vez de esos infelices que vemos cómo desmontan criminalmente—aunque el crimen está, o se forja en otro lugar en nombre del orden—las laderas de Sierra Morena.

Mirando al Sur siempre, tenemos ante nosotros, ya cerca, la Cordi-

llera Bética, que en parte ocultan las moles del Lobatejo, de la bravía y encrespada Tiñosa de Priego, cual ola de rocas que amenaza pasar por encima de la Sierra de Cabra y de la Sierra de Rute. Y ahora sí que podemos contemplar a nuestro sabor la majestuosa Sierra Nevada, que se nos presenta como una cúpula de serenidad de perfiles verdaderamente inaudita, sobre la cual se posa el manto immaculado de la nieve. Más allá, hacia el Este, se alinean las crestas de la Sierra Harana y de Baza, y más acá desfilan según viramos la mirada hacia el Sur y el Sudoeste los grandes eslabones del Sistema Bético que ya habíamos columbrado desde las Ermitas de Córdoba, pero que vemos ahora desde mucho más cerca. Tras las sierras de Yeguas y Molina divisamos la cuenca cerrada de Fuentepiedra, con su esteparia laguna, reliquia del manto lacustre que hasta tiempos recientes ha ocupado la altiplanicie de Antequera, gemela de las altiplanicies rondeña, granadina y de Guadix y Baza, las cuales, precisamente por haber quedado prematuramente aisladas del gran brazo marino del cual es herencia la Campiña cordobesa, tienen hoy en sus suelos el elevado coeficiente calizo y yesífero que tan malas tierras de labor hacen.

Todas estas cuencas primero marinas, lacustres después, y drenadas hoy por los ríos Guadiana Menor, Genil, Guadalhorce y Guadiaro, son el plano sobre el cual habrían resbalado la Sierra de Cabra, en cuyo Picacho estamos, y las que con ella, Sierras de Rute, Priego, etcétera, forman la Cordillera Pre-Bética.

De esos cuatro ríos, dos, el Guadiana Menor y el Genil, van al Guadalquivir; el Guadalhorce y el Guadiaro se desvían al Mediterráneo. El más interesante de todos es acaso, en este momento de la disertación, el Guadalhorce; este río es un río extraño a la gran cuenca del Guadalquivir; es un río que antes se formaba en las proximidades del famoso Tajo de los Gaitanes; pero como todos los ríos realizan constantemente una labor de zapa, acabó por apoderarse de las aguas de la cuenca lacustre de Antequera y Bobadilla y robarlas al Genil, llevándoselas a Málaga, al Mediterráneo. Otro río, el Guadalfeo, granadino, amaga un constante y progresivo robo de aguas al Genil, que son derivadas al Mediterráneo, valiéndose del río de Padul.

Dediquemos sólo dos palabras al Torcal de Antequera, que se divisaba ya desde las Ermitas y que vemos ahora mucho mejor, y al Tajo de Ronda, cuya situación se adivina admirablemente desde el Picacho de la Sierra de Cabra. El Torcal, el Tajo de Ronda y la Gruta de las Maravillas son la trinidad de los paisajes calizos o «cársticos» de Andalucía; son el modelado o laboreo de la erosión a cielo descubierta y bajo tierra, respectivamente.

Pero hagamos la segunda etapa de nuestro vuelo, y lancémonos

al espacio en demanda del Pico de Veleta, gemelo del Mulhacén, a los 3470 metros sobre el mar, once menos que la reina de las cumbres españolas, y cualquiera de ambas reputable de Montblanc de España.

Carcabuey, Priego, Almedinilla, repiten el paisaje egabrense, el oasis como lo calificara Valera, con sus aguas en eterno murmullo, sus huertas que ofrecen, amorosas, un trabajo constante que es arte y que es grato juego. Pasado el Parapanda, mientras la Sierra Nevada se agiganta, ábrese bajo nosotros la Campiña de Granada, y en su centro, el trazo verde del Genil y sus riberas. Granada se recuesta al pie de las colinas acumuladas por el gigantesco torrente en que antaño se resolvían los grandes glaciares de Sierra Nevada, hoy casi reducidos a la nada, al Corral de Veleta. Pasamos sobre la más africana de las ciudades andaluzas si hemos de ser consecuentes con afirmaciones anteriormente formuladas. Por un momento parece que ante nosotros, y adosadas a la gigantesca cúpula de la Sierra Nevada reaparecen las siluetas recortadas, atormentadas de la Sierra de Priego; es el Trevenque, uno de los macizos calizos que rodean al núcleo central; ese Trevenque, acaso sea la misma cuartilla que resbaló y llegó hasta donde están las Sierras de Cabra y demás.

Ese Trevenque tiene más de dos mil metros; sin embargo, sus proporciones quedan anuladas; cuando lleguemos a la pequeña meseta del Picacho de Veleta, apenas acertaremos a hallarlo: tan bajo queda.

La nieve deslumbra los ojos; imponentes tajos señalan las colosales fracturas que el macizo ocultaba a nuestra mirada; aquí y allá unos círculos negros, en los que flotan témpanos de hielo verdosos como esmeraldas, señalan otras tantas lagunas que algún día trocarán su inútil quietud en colosal energía eléctrica; lagunas en cuyos espejos todavía parece reflejarse por las noches el espíritu de Muley Hacén, padre de Boabdil. Ya estamos posados sobre el Veleta. Por fin descubrimos el mar a menos de 40 kilómetros en línea recta. Entre él y nosotros, los pliegues de la Sierra Nevada y de las de Lujar y Contraviesa; la Alpujarra, el trágico baluarte de los árabes, el borrón de la Reconquista. No cedamos todavía a la tentación de volver la espalda, y sigamos mirando hacia el Sur. Aplacemos unos instantes la impaciente voluptuosidad de saborear el paisaje más amplio y más sintético de Andalucía. Entretengamos y deleitemos el espíritu no con la árida prosa de quien os dirige la palabra, sino con la de los Bory de Saint Vincent, Boissier, Wilkomm, Ibáñez y Perrier, y el Dr. Bide, sin olvidar a los Rojas Clemente, Alarcón, Castelar y Villaespesa.

Bory de Saint Vincent, Oficial de Estado Mayor de las huestes napoleónicas y autor de una «Guide du Voyageur en Espagne» editada en París el año 1823, habla del Mulhacén y el Veleta como de «in-

menos dominadores del horizonte» desde los cuales se divisan al mismo tiempo «la Sierra Morena, treinta leguas distante aproximadamente hacia el Norte, y las costas de Africa, alejadas cuarenta y cinco leguas por el lado Sur, cuando menos». «El observador, maravillado, que en un día puede llegar desde una playa ardiente hasta las cimas heladas, ve, en seis a diez leguas de trayecto, cómo la naturaleza cambia de aspecto bajo sus pasos, como si por una potencia mágica se hubiese elevado, de un salto, desde el Ecuador hasta las regiones polares...»

El suizo Edmundo Boissier, allá por el año 1839, descubre la Sierra Nevada desde el velero cuando al pasar frente a Motril divisa con emoción las cumbres heladas detrás de las sierras de Lujar y Contraviesa. «Este paisaje sublime por sí mismo tenía yo la dicha de verlo bajo un aspecto que hacía valer tanto todas sus bondades; todo se reunía para excitar el entusiasmo del viajero, la llegada a la meta deseada tanto tiempo, la grandez de esta natura, la fuerza de los recuerdos que planeaban sobre esta tierra sagrada».

En 1879 la Comisión hispano-francesa presidida por el insigne geodesta español Ibáñez, llevaba a cabo una resonante proeza científica: la unión geodésica del Mulhacén con la costa de Orán, mediante destellos luminosos que remedaban el nostálgico adiós tendido entre los dos baluartes del pueblo hispano-árabe. «El pico de Mulhacén, escribía Perrier, iba a ser testigo de los prodigios de la ciencia...: la producción de un haz luminoso eléctrico de una intensidad suficiente para ser dirigido con precisión y eficacia a la costa africana, siempre invisible a simple vista, a una distancia de doscientos setenta kilómetros. Sobre la cumbre helada iban a vivir durante dos meses geodestas y ayudantes, mecánicos, soldados, obreros, cuarenta personas aproximadamente, provistas de aparatos de precisión, de instrumentos y máquinas de todas clases, produciendo todo el estridor de la vida industrial, con el silbido de vapor que señala uno de los rasgos característicos de la civilización moderna.»

El gran botánico alemán Willkomm, a quien tanto debe la ciencia española escribe desde el Veleta estas palabras: «se extiende hacia el E. N. y Oeste un mar de montañas. Sobre las sierras de Jaén y Luceña se ve la línea azul oscura de Sierra Morena. Más allá se extienden las dilatadas llanuras de la Mancha y Castilla, que se confunden con el azul del cielo.» «Es el día más grande de mi existencia.»

El Dr. Bide, el más arrojado explorador de la arista afilada que separa el Mulhacén del Veleta, describe la puesta del sol contemplada desde el Veleta, y al aludir a la «corona de montañas en las cuales

el tono rosado tierno se confunde con el pálido azul», concluye con esta frase: «es maravilloso».

Simón Rojas Clemente alude al paradisiaco valle de Lanjarón haciéndose eco de su «cielo alegre y despejado que jamás se empaña sino para regarla con sus lluvias suaves y protegerla contra los rayos de la canícula; un ambiente puro que nunca se agita sino para verter rocíos de plata y producir céfiros que templen la influencia de aquel sol hermoso. Todos los dones, en suma, y todos los encantos que, repartidos por toda la Bética famosa, han notado la poesía y los filósofos, se reúnen allí, como para representar, en miniatura, los Campos Eliseos de Homero y Estrabón.»

Jacinto Verdaguer, en «L'Atlántida» dedica a Sierra Nevada delicadísimas estrofas. Castelar la califica de «cristal veneciano que toma tantos reflejos y tiene tantos resplandores».

Al contemplar Alarcón desde la Alpujarra el Mediterráneo, dice: «El mar. Calle todo ante su grandeza». Y Villaespesa, en «Aben Humeya», nos habla de

*pueblos que parecen nidos
de vencejos y milanos
en las rocas suspendidos,
y picachos eminentes
tocados de nieve y hielo,
que con sus altivas frentes
rasgan el azul del cielo!»*

Y ahora he de deciros que si Andalucía resume a toda España porque tiene en su suelo elementos de toda la península: Meseta, como Castilla, Valle, como Aragón, Cordillera, como Asturias, y Navarra, y Aragón y Cataluña, y costas como Levante; si Andalucía resume a toda España, digo; la Sierra Nevada se viste con flores que no solamente resumen las de la Península, sino las de Europa y hasta del mundo entero. No temáis una enumeración erudita; quede ella para otros estudios; honor a los Rojas Clemente, Boissier y Willkomm que investigaron la flora del imponente macizo granadino. Yo sólo os diré que desde la zona costera, de clima subtropical, de Motril, donde se dan cita la caña de azúcar, y la batata, y la chirimoya, y hasta el café; donde echo de menos incluso el árbol de la quina que la previsión de los gobiernos debiera haber plantado en las laderas de las sierras de Lujar y Contraviesa; desde Motril hasta las cumbres del Mulhacén y Veleta, a cuya sombra persisten con caracteres eternos las nieves; en estos 30 kilómetros de distancia, y en esos tres kilómetros y medio de altura, se escalonan todas las zonas botánicas del planeta. Sobre el estrato floral costero, donde además de las especies

citadas abren su pompa las palmeras y los naranjos, viene el peldaño de los plateados olivares y sobre ellos, árboles frutales de todas clases; después la zona de la vid. A mayor altura, la zona montana, con los castaños y los robles; más arriba, allí donde ya no hay pueblos como Trevélez y Capileira que alcanzan alturas de más de 1500 metros, desaparecen los bosques, y en su lugar están las humildes hierbas de la zona subalpina, cubierta de nieve desde octubre hasta abril, y trocada en manto verdoso durante la primavera estival, que depara a los alpujarreños ocasión para cultivar el centeno, la patata y hasta el tabaco a más de 2000 metros de altura. El Veleta y el Mulhacén, con las restantes cumbres superiores a 3000 metros, pertenecen a la zona alpina, en la que es imposible todo cultivo, y las plantas espontáneas, de raquíptico porte y de flores rutilantes, sólo vuelven a hallarse en el Atlas, en el Pirineo, en los Alpes, en Escandinavia o en Laponia.

Después de esta divagación botánica, volvamos a lo geológico y geográfico. Decíamos que el macizo de Sierra Nevada es una inmensa cúpula, y añadimos ahora que está formada por pizarras en que brillan la mica, el anfíbol y el granate. En cierto aspecto, Sierra Nevada, litológicamente, recuerda más a Sierra Morena que a los otros elementos de Andalucía. Sierra Nevada es como si después de partirse en dos el inmenso bloque de la Meseta Ibérica, quedando esta en alto y hundiéndose la porción meridional, hubiese sobrevenido el empuje de Africa y de resultas hubiese surgido la gigantesca onda sobre la cual pasaron, resbalando, las que han quedado envolviendo al macizo granadino y han avanzado hasta los confines de la Campiña cordobesa.

Si desde lejos, cuando estábamos en el Picacho de la Sierra de Cabra, la veíamos como niveo pecho, ahora, desde el Veleta, por doquier atisbamos concavidades en cuyo fondo se albergan lagunas, a más de 2800 metros en general. Estas lagunas y esos circos representan el resultado de la labor de modelación iniciada por esa misma nieve cuando en los tiempos en que apareció el hombre el clima más frío y más húmedo que hoy, permitía la congelación, el endurecimiento propio de los glaciares. La belleza de los Pirineos y de los Alpes se debe tanto a su mayor complicación como, sobre todo, a la intensidad con que los glaciares actuaron, creando los inmensos bajorrelieves al final de los cuales admiramos hoy los bellos lagos suizos e italianos. Y es que contra las leyes de la latitud, con sus consecuencias térmicas, sólo pueden prevalecer las grandes altitudes. Un ataque más enconado por parte de Africa contra Europa habría dado a la Sierra Nevada un par de miles de metros más de altura, y el paisaje

andaluz sería en todos sus aspectos, una fiel reproducción del de Suiza y el Franco Condado.

Volvamos la mirada al Norte antes de emprender el regreso. Ya realizo mi sueño, al ver el paisaje acostumbrado, del revés. A mis pies se tiende la Vega de Granada y las altiplanicies de Guadix y Baza. Más allá las cuartillas que resbalaron al arrugarlas, es decir, el reverso de las Sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Martos, Alcaudete. Aquí una solución de continuidad (como la que hay entre las Sierras de Cazorla y Mágina); en efecto, recordemos que desde las Ermitas de Córdoba divisamos, entre el Ahílo de Alcaudete y la Sierra de Cabra, esta Sierra Nevada en que ahora estamos. Pues bien: en esa misma dirección columbramos una silueta de una horizontalidad y de una perfección de trazado sorprendentes: es la Sierra Morena.

Recordemos la vuelta de horizonte llevada a cabo por Helbronner en el Montblanc. La identidad de los términos es perfecta. En el panorama del ilustre geodesta francés se divisa el lejano reborde de la Meseta francesa, hermana de la española; por el pie discurre el Saona, al cual afluye el Doubs, nacido en el Jura; nuestro Guadalquivir es el Saona y Doubs, francés. Del Mulhacén y Veleta nace el Genil; de entre el Pico de Cuervo y la Sierra Harana nacen el Maitena y el Aguas Blancas. Todos estos ríos se reúnen en el por antonomasia llamado Genil, de igual modo que el Arve y el Ródano forman el Ródano propiamente dicho. Desde Lyon, el Saona cede el nombre al Ródano; desde Palma del Río, es el Genil el que hace mutis. Edrisí, el geógrafo árabe, coloca en el Genil a Sevilla y a Sanlúcar; para él, el Betis terminaba en Palma, como el Saona acaba en Lyon.

Y ahora supongamos que cabalgando sobre un rayo luminoso acudimos al encuentro, ya de vuelta, del que la Sierra Nevada reflejó hace miles de años; con la imaginación, supongamos que los torrentes y ríos no hubiesen comenzado todavía su labor. Si devolviésemos a Sierra Nevada y a las que se interponen entre ella y Sierra Morena, todo el inmenso volumen de detritus desplazados por los cursos fluviales, nos sorprenderían dos cosas: que un enorme caparazón calizo cubriría, a guisa de casco, a la Sierra Nevada, alcanzando así considerable altura; y los grandes lagos y el brazo de mar que ocuparían, respectivamente, las dos concavidades que se abren entre la Cordillera Bética y la Cordillera Pre Bética (Sierras de Cabra, etc.), y entre esta segunda cordillera y el escarpe de Sierra Morena. De ahí, pues, que estas jóvenes cordilleras constituyan la cantera colosal de la que el artífice de las aguas arranca a lo largo de los tiempos los detritus que van cegando o colmatando (empleando un galicismo) aquellas cuencas. La Vega de Granada, sucesora de un gran lago, es hija de la

Sierra Nevada. La Campiña cordobesa lo es de la Sierra Nevada, de las de Cazorla, Jaén, Cabra, etc., y de la propia Sierra Morena. A favor de aquella gran altura que tales sierras, exceptuando la Morena, tuvieron, los ríos que de ellas descendían al Canal Bético tenían gran velocidad, gran fuerza de arrastre, gran fuerza de empuje en sus deltas y conos de deyección: de ahí que el Guadalquivir no marche equidistante entre los límites de su cuenca, sino que discurra acorralado contra aquella sierra cuyos derrames han tenido siempre menor fuerza desplazante, es decir, contra Sierra Morena. Este maridaje tan estrecho entre el río y la sierra es la causa fundamental de aquellas riadas tan súbitas a que antes me referí, y que atenuarán los grandes embalses.

Sin darnos cuenta hemos atravesado otra vez la provincia de Granada y hemos rebasado el Picacho de la Sierra de Cabra. Estamos ya cerca del punto de partida. Sólo un momento nos detendremos ya en este regreso, desviándonos algo hacia el Este. Hémos en lo alto de la inclinada torre de Bujalance, la atalaya campiñesa mejor situada para una lección de geografía andaluza. Desde ella divisamos perfectamente el escarpe de Sierra Morena, reflector cósmico de los rayos solares que se traducen en oasis casi subtropicales de dulcísimos naranjos; la Sierra Morena, con sus espolones que avanzan hacia la Campiña y se ocultan bajo ella; con las muescas de sus barrancos que se abren siguiendo la dirección NW.-SE. de las rocas menos resistentes. Detalle nimio éste, como si lo rebuscásemos con una lupa. Pero esos espolones tienen un secreto que el hombre descubrió tiempo ha, pero que la humanidad actual explota con conciencia de lo que hace. En tiempos remotos, esos espolones eran barreras naturales que se oponían al paso del Guadalquivir; nuestro río tenía que saltarlos; imaginemos las cascadas que se formarían entre Marmolejo y Villa del Río; entre Montoro y Pedro Abad; entre Pedro Abad y El Carpio; entre Villafranca y los llanos de Alcolea, y acaso en Alcolea mismo. ¡Qué magníficos embalses naturales! La cinta líquida, la sierra cuyos dientes incansables son desde la más insignificante partícula hasta el voluminoso canto que va rodando río abajo y desgastándose, cortó aquellos espolones, aquellos diques naturales, y hoy podemos admirar los pintorescos pasos del Guadalquivir, lo que los ingleses llaman «water gaps» y nosotros «hoces» o «cañones», alguno de los cuales, como la hoz de Montoro, son una fiel miniatura del famoso meandro encajado del Tajo en Toledo.

La ingeniería moderna repara este desgaste operado por la Naturaleza, y ahí está el Salto del Carpio en el Alcurrucén, preludio de otros cuya localización se adivina; y esas muescas que los barrancos serre-

ños hienden, como el Yeguas, el Arenoso, el Guadalmellato, el Guadiato, el Bembézar, y cien más, son promesa de obras alguna de las cuales, el Pantano del Guadalmellato, es halagüeña realidad, y honra de quien la inició y de quien ha sido brazo ejecutor.

Ya en las Ermitas, el rebasar el vuelo hacia el Norte supondría observar un país de granitos, pizarras, calizas antiguas, totalmente distinto, en que el suelo, la flora, la fauna, el hombre en su habla, en sus costumbres, en su habitación, en la construcción de los pueblos, etc., es algo que ni es genuinamente andaluz ni genuinamente manchego o castellano. El paisaje de la Sierra Morena se descompone en tres grandes unidades: las proximidades del Guadalquivir, con los bellísimos granitos rojos de los Arenales, a los que emulan los agrestes picachos de la desolada Virgen de la Cabeza, en Andújar, denotan el efecto de la gran desgarradura en que se termina la Meseta Ibérica, desgarradura que se descompone en varios escalones. Sigue más al Norte el Valle de los Pedroches, masa granítica que aparece como hundida entre el borde bético de Sierra Morena y las alineaciones pizarreñas que señalan el límite de las provincias de Córdoba y Ciudad Real; como si el peso del granito repercutiese en su línea de flotación isostática.

El paisaje botánico de la gran porción septentrional andaluza tiene la austeridad castellana, que contrasta con la jocunda policromía bética. El olivo y la vid luchan con desventaja contra la encina. Los cereales quedan reducidos a términos imposibles de comparar con la panera campiñesa. Pero la dureza del medio, esa dureza con que la Sierra Morena trata a sus hombres, hace a éstos duros a su vez para el trabajo, emprendedores, recios de carácter. Y si la tierra es ingrata en la superficie, alberga, en cambio, en sus entrañas el tesoro de sus minas, unas, como las de carbón, directamente relacionadas con los elementos litológicos del suelo; y otras, como los filones metálicos, consecuencia inmediata de la gran desgarradura a que tantas veces he aludido, la falla del Guadalquivir, y que hacen de las provincias de Jaén, Córdoba, Sevilla y Huelva la tetralogía minera de España. Yo os digo que la Sierra Morena realiza la síntesis más completa que se puede pedir, y que el Norte de la economía cordobesa, si ciframos los ideales en un consciente amor a la región y a la provincia, es fomentar la armonía entre la Sierra, la Campiña y las Sierras mesobéticas de Cabra, Priego, Jaén, etc. Esta armonía consiste en verticalizar la producción, asegurando un ciclo perfecto en el trabajo, desde las minas que fomentan la riqueza del subsuelo y crean industrias de transformación como ocurre en Peñarroya, hasta la Agricultura, que representa el otro extremo de un arco formado por todas las restan-

tes industrias, más los saltos de agua que produciendo energía y recuperando, reconquistando para el riego tantos terrenos que lo han sido o que debieron ser de regadío, restablezcan el engranaje, que hoy no existe, entre la ciudad y el campo, transformando el suelo analfabeto en la ansiada democracia rural que por tenerla Francia, no perdió la guerra, y por no tenerla España, no ganó las colosales empresas en que anduvo metida.



Voy a terminar. Llega para mí la parte más difícil, el famoso tercer acto de las obras teatrales de difícil paso. ¿Cómo sustraerme al justificado temor de que el aplauso que por cortesía me concedáis sea más bien la expresión de la alegría que sentimos cuando nos libran de una abrumadora carga, como el aplauso que aprovechando una pausa se da al orador que comienza a ponerse pesado, para impedir que prosiga?

Dirigiré, pues, mis palabras, a la Real Academia otra vez. Tú, Alma Mater de Córdoba, eres la antena que capta todas las ondas intelectuales del mundo, las cuales se traducen en la publicación de un Boletín que tiene cambio con revistas y libros en todos los idiomas y en cantidades que asombran, y que revelan el prestigio que el nombre de Córdoba esparce por todos los ámbitos de la Humanidad civilizada. Deber de los cordobeses es honrar, ser dignos de ese prestigio, sentirse siempre emplazados para ser dignos de quienes fueron los más legítimos propietarios del solar cordobés, los árabes, a fin de que ante la Historia no desmerezcamos de la Córdoba de los Califas los que hoy constituimos la Córdoba de este histórico año de 1930 que parece señalar, que debiera señalar la continuación de una Historia de España de la cual perdimos el hilo acaso hace siglos. Córdoba no brillará más o menos por tal o cual plaza o avenida de las que se fabrican en

serie en Nueva York. Córdoba brillará siempre por sus pensadores, por sus místicos, por sus artistas; en una palabra, por el noble ejercicio del espíritu.

Quienes pueden y quienes deben, siéntanse henchidos de prócer mecenismo, brindado a la Real Academia de Córdoba una mansión adecuada a sus altos fines, y en la cual tengan albergue todos los cultivadores desinteresados de la inteligencia, a fin de que el exceso de especialización que la vida moderna impone y que todos lamentamos, no nos haga ser las primeras y más directamente heridas víctimas propiciatorias.

Y ojalá alcance yo el íntimo orgullo de poder aportar alguna partícula a ese hogar espiritual, a esa lámpara votiva que vosotros, señores académicos, mantenéis encendida siempre, cual Santo Sacramento de la Cultura cordobesa que alumbra la que por derecho propio es la casa en cuyo patio, resumen de Córdoba entera, ese «patizuelo empedrado de menudos guijos, una pared encalada de blanco, con un zócalo azul, y olor en el aire de olivo quemado», como dice Azorín, mana la DE SABIDURIA CLARA FUENTE.

DISCURSO DE
DON ANTONIO GIL MUÑIZ,
PROFESOR DE LA ESCUELA NORMAL DE MAESTROS DE CÓRDOBA

SEÑORES ACADEMICOS:
SEÑORAS Y SEÑORES:

LA casa secular, fiel guardadora de los selectos frutos del espíritu de esta tierra, que se llama Real Academia de Córdoba, celebra esta noche una de sus fiestas más solemnes y se viste con sus mejores galas para recibir a uno de los hombres más prestigiosos, a una de las figuras de más vigoroso perfil intelectual entre las que viven en el recinto rancio y nobilísimo de nuestra ciudad: al catedrático D. Juan Carandell.

Decir el nombre de D. Juan Carandell en los ámbitos de nuestra provincia y fuera de ellos en los más refinados círculos intelectuales de nuestra patria, es tanto como decir actividad portentosa del espíritu, curiosidad infatigable, talento recio, espíritu matizado con las más finas lumbres del saber, inquietud por los más altos anhelos y por las más nobles aspiraciones...

Hablar de D. Juan Carandell es como hablar del patriotismo ardiente, serio y reflexivo, y a veces dolorido que en el nuevo académico como en la mayor parte de la juventud científica de nuestros días, se manifiesta en una sed casi infinita de saber, de descubrir y de conocer.

De este afán inextinguible de investigar, de esta aplicación y de esta admirable laboriosidad está naciendo la nueva España, que se afirma mucho porque vale mucho, que va triunfando porque su vitalidad, su fé, el fuego ardiente que caldea e ilumina su espíritu, la hace invulnerable a la pequeñez, a la envidia, a la reticencia...

A este grupo de hombres —que guardan sus dolores en lo más recóndito del corazón porque saben que el desmayo en la lucha sería desmoralizador y propagaría el derrotismo, terrible preludio del vencimiento— a este grupo de varones esforzados y destacando el magnífico blasón de un nombre prestigiosísimo conquistado sin ayuda ajena, pertenece D. Juan Carandell.

Nacido en la provincia de Gerona, en Figueras, esa culta y vieja ciudad que nutre espiritualmente la hermosa comarca, de alma viril como su nombre, el Ampurdán, en ella hizo sus estudios primarios y

secundarios el que había de ser ilustre catedrático y naturalista, y en ella formó su espíritu tan fuertemente catalán, tan reciamente español.

No es posible hablar de los primeros estudios y de la primera educación del nuevo académico, sin que fijemos la atención por un momento en otro Carandell, que rindió la jornada de la vida, de alma limpia y nobilísima, educador de muchos y buen educador de todos, maestro de profesión y maestro por el espíritu y el corazón, árbol viejo de esta rama joven cuidada como a hijo de la carne, nutrida como los otros hijos de su espíritu, con la savia de su cultura, y caldeada con el vibrante latir de un corazón hecho para sentir y educar.

El catedrático Carandell, es el hijo único—en el hijo único se integra más fuertemente la personalidad del padre—del maestro de Figueras D. Gregorio Carandell. El geólogo y geógrafo, D. Juan Carandell es el discípulo del viejo educador Carandell. El hombre noble y bueno, afable y generoso, que es el nuevo académico, es el brote joven de aquel otro espíritu noble y bueno que arraigó en el Ampurdán, la región más catalana de Cataluña, brote nuevo que por azares del destino—y de ese azar estamos todos orgullosos y satisfechos—vino a arraigar en el corazón de la región más andaluza de Andalucía.

Ya hace muchos años—lo digo con la melancolía del contemporáneo—llegaba a nuestros oídos cordobeses que en el Instituto de Cibra, un joven profesor de Ciencias naturales, un muchacho casi, hacía con sus alumnos una magnífica labor, con un sentido educador dirigido a despertar la curiosidad por la naturaleza, estimulando el saber de los alumnos en continuas excursiones, llevándolos a contemplar de cerca el dramatismo de los seres vivos y el magnífico poema de escenas sublimes que recitan para el que sabe leerlo las capas de la tierra.

Nos hablaban de que ese profesor joven convivía espiritualmente con sus alumnos, los invitaba a la lectura y al trabajo de laboratorio, les exigía amor al saber y apenas los sancionaba por la lección mal estudiada; los estimulaba a la labor, les pedía alegría juvenil y corazón, les presentaba los fenómenos naturales y el misterio bellísimo de la vida con imágenes de poeta...

Este maestro juvenil que reflejaba tan elevados destellos pedagógicos, vividos en la escuela del padre y desarrollados en contacto con el insigne D. Francisco Giner, el maestro de todos, aún de los que no creen en él, este maestro que convertía en aula los aledaños de la ermita que guarda la imagen de la Virgen de la Sierra, ya lo habréis adivinado, era D. Juan Carandell.

Los alrededores verdes y luminosos de la vieja Egabro—el pueblo de prestancia más señorial de toda la comarca, el de primavera más

florida, el de luz más diáfana, el que en el rumor de sus aguas y en el perfume de sus jardines y huertas, parece rendir un perenne homenaje de recuerdo al hijo insigne que tan bien supo cantarla y comprenderla, a D. Juan Valera—la sierra sin par, la vega ubérrima, todos los rincones de la bella ciudad—teatro de nuestros juegos infantiles y cuna de mis mayores, perdonad este inciso—sintieron perturbado su silencio majestuoso por voces juveniles de escolares del magnífico liceo que un patriota, Aguilar y Eslava, legó al bello pueblo andaluz como soberbia prueba de su amor a la cultura.

Todo el pueblo fraternizó y simpatizó con el profesor de su Instituto, que seguido de un atractivo grupo de mozalbetes, ascendía a los picos más ingentes y se arriesgaba en larguísimos y difíciles recorridos. Todo el pueblo puso su afecto en aquel maestro de 25 años que estudiaba la Sierra y toda la comarca, y las cantaba con documentación de geólogo y con emoción de poeta.

Hablar a Carandell de este período de su vida profesional, es recordarle los días de más ilusión y de mayor intensidad de trabajo de su existencia. Es recordarle sus mayores dichas de padre, de esposo, de escritor y de maestro.

Porque el destino así lo dispuso. Del noble maestro ampurdanés surgía en su mejor discípulo su propio hijo, el que había de darnos un sinnúmero de trabajos, claros y bellos, documentados y vividos, sobre la Sierra de Cabra y Córdoba, sobre los picos orgullosos de su blancura de las Sierras granadinas, sobre los montes que forman el colosal anfiteatro que defiende a Málaga de todas las inclemencias y hacen de su vega un jardín riente y tropical, y de su clima y de las dulzuras de su ambiente el remanso de la vida más fácil.

Ya era andaluz de adopción por su amor a la tierra querida, por sus visiones de paisajista-geólogo, por su sentimiento de geógrafo, por su delicadeza de poeta-observador.

Salvo los inescrutables designios providenciales, Carandell es nuestro para siempre; porque ya con Córdoba no le unen solamente afecto de amigo, adhesión de estudioso y entusiasmo de contemplador, sino que otros afectos más hondos lo vinculan para siempre a esta tierra amable y cautivadora.

Aquí nacieron sus hijos del espíritu y los de la sangre; andaluz fué el maestro que más ha influido en su espíritu después de su padre; andaluza la compañera de su existencia. El nuevo linaje de los Carandell sentirá la emoción de las Ermitas, más que el milagro de la fé de Monserrat.

Comenzó sus trabajos de investigación Carandell por los puramente geológicos, en los que muestra a las claras su magnífica pre-

paración, su espíritu de observación, su talento interpretador y su temperamento tan apto para la investigación.

Pero al cabo de unos años empieza a dibujarse en el nuevo compañero una personalidad distinta en los dominios científicos: Carandell comienza a derivar hacia los estudios geográficos, sin desatender naturalmente sus antiguas inquisiciones en el amplio campo de la Geología.

¿Por qué se opera esta nueva tendencia en el espíritu del Sr. Carandell? A nuestros ojos el hecho tiene una clara explicación. El nuevo académico es un espíritu expansivo, y tiende a difundirse—por eso es un gran maestro—tiene un fondo emocional abierto a toda palpación humana, y con esta personalidad había de derivar necesariamente del estudio de la tierra y de su formación, de la historia de nuestro planeta, de la estratigrafía y de la mineralogía, había de derivar decimos por impulso de su propio espíritu al estudio del hombre, de los fenómenos económicos, del drama de la vida, en una palabra, en sus relaciones con la tierra.

La tierra abstractamente estudiada no era suficiente para él. ¿Cómo estudiar e investigar los problemas geológicos de nuestras sierras y de nuestros ríos sin que ante el inquieto espíritu, pleno de humanidad, de Carandell, no surgieran los problemas geográficos? ¿Porqué esta región está tan despoblada y esta otra con las mismas características geológicas y naturales tiene sus campos tan salpicados de pueblecitos y caseríos? ¿Porqué los hombres de esta comarca tan próxima a los de esta otra construyen sus casas con tan distintas características? ¿Porqué usan éstos instrumentos y porqué organizan de este modo su economía?

La explicación del carácter y del modo de vivir en relación con el suelo; la incomunicación como explicación de modalidades históricas persistentes; la interpretación histórica de ciertos fenómenos geográficos... Un mundo de sugerencias abierto al que sienta la honda emoción que nos produce el estudio del medio geográfico en sus relaciones con la vida en todas sus manifestaciones y en particular en sus conexiones con el hombre y su existencia social.

Pero un mundo apenas explorado. Un mundo que es un fragmento de ciencia casi virgen en muchos países, como ocurre en el nuestro, en el que si bien es cierto que toda una juventud bien documentada trabaja en temas geográficos, no lo es menos que todavía la ignorancia de la propia geografía es uno de los males más hondos de nuestra vida civilizada.

Y no penséis ni por un momento que Carandell, tan lector y estudioso, haya pretendido hacer sus investigaciones geográficas en el

amable remanso de su gabinete de trabajo. Estaba preparado para hacer otra clase de geografía, la más viva, la más real, la que se logra recorriendo lugares y comarcas, ascendiendo a las penosas cumbres y atravesando los pasos agrestes, viendo y sintiendo el paisaje, dibujándolo y haciendo esos magníficos gráficos que con gracia singular elabora nuestro nuevo compañero y que son el irrefutable testimonio de sus andanzas y peregrinaciones por el querido suelo de nuestra patria.

Por eso describe lo que ve con visión de poeta y con la férvida emoción del que gastó sus fuerzas físicas primero y sus energías mentales después en lograr los más apetecidos objetivos.

Describe la tierra con el cariño de quien la holló y la acarició con mirada de enamorado desde la más altas cumbres. Describe los ríos con la palabra cálida de quien buscó en sus fuentes el milagro de su nacer y en sus tributarios al prodigio de su caudal. Así es el Carandell geógrafo y de paso ya os he dicho cómo es el geólogo.

La labor de Carandell merecía—aunque mi pobre pluma no sea la más indicada—un estudio de su personalidad y por ello no quiero privaros de un momento de su vida en que sintiéndose agraviado como profesor—al serlo la digna colectividad a que pertenece—sintió el hondo dolor de una lacerante injusticia. Tan honda fué la herida que por un momento pareció detenerse su fervor casi místico por la causa de la educación—este caso se dió en otros ilustres catedráticos—y tan presente llevaba el agravio en su espíritu, que cuando por asenso unánime de la Real Academia de Córdoba fué promovido a una plaza de número,—lo habéis oído en su magnífico discurso—su pluma brillante e irritada pergeñó un hermoso discurso de carácter pedagógico en el que de modo admirable trata los más delicados problemas de la enseñanza secundaria, rebatiendo punto por punto el engendro funesto que nos legaron los hombres desdichados que se proponían como finalidad esencial arruinar la enseñanza oficial.

Todos los que tenemos el legítimo orgullo de regentar una cátedra sufrimos ofensas y vejámenes por los que estaban obligados a defendernos, pero como no agravia quien quiere ni se agravia a quien se quiere, sino a quien lo merece, la toga está limpia y el ara está immaculada y ennoblecida por el calor conque defendió a la enseñanza oficial la propia juventud que educábamos.

Dicen, amigo Juan Carandell, que pasó la Dictadura. De todos modos guardad ese documento pedagógico por si se presentara la ocasión—mejor será que no se presente—de sacarlo a luz con alguna actualidad.

He hablado someramente de sus métodos de trabajo como profe-



sor. Quiero insistir en un aspecto de su propia pedagogía que hace aún más notable su labor. El Sr. Carandell, que tiene contenido para regentar cátedras universitarias de Geología o de Biología, gusta de tratar con sus alumnos temas variados de cultura general, excitaciones constantes para que la juventud que educa no vea en su cátedra un recinto limitado presidido por un especialista, sino un lugar abierto a los aires del mundo, en el que con más frecuencia se conversa, se lee, se dibuja, se comenta o se inquiere que se habla con tono doctoral o con superioridad de dómine.

La cátedra de Carandell comienza a las nueve de la mañana en nuestro Instituto y se continúa por dentro y por fuera de la ciudad en la Revista, en el libro, en el periódico, en el Congreso científico...

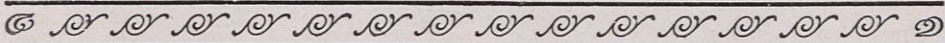
Por todo ello es maestro en la más amplia acepción de la palabra porque su mente está sometida continuamente a un proceso de autoeducación que es lo que hace verdaderamente de un hombre, un educador.

Sus vacaciones son el período álgido de su labor personal de escritor y de investigador. El estío anterior lo dedicó a recorrer y a estudiar los bellísimos alrededores de Málaga y no quedó cumbre ni valle, ni pueblo costero, ni playa riente de las que recortan en perfiles suavísimos esta Costa Azul de nuestra patria, que no recibiera la visita de este ilustre peregrino de una fé inquebrantable, plena de idealismo, en la naturaleza y en la humanidad.

¿Qué más deciros de sus cualidades de geólogo, de geógrafo y de escritor cuando acabáis de oír el hermoso trabajo con que inaugura su labor de académico de número? ¿Qué más deciros que no sea un nuevo enaltecimiento para este pregonero de las bellezas de nuestra región? ¿Quién conoce mejor las bellezas, las dilatadas perspectivas, la despoblación de hombres y de árboles y aún los mismos dolores y ansias de los trabajadores del agro de nuestra región, que este geógrafo nómada que convirtió en gabinete de trabajo la misma naturaleza? ¿Qué más deciros de su interés por todo los saberes, por el arte y por la literatura, por los idiomas y por la vida en todas sus manifestaciones, que vosotros no conozcáis?

Y nada más, pues no quiero molestar más vuestra fatigada atención. Me encargaron, compañero Carandell, aún equivocándose en la elección, que os expresara en nombre de todos el afecto cordial y sentido con que os recibimos en la secular Corporación. Estos sentimientos fraternales de mis compañeros, no sé manifestároslos más que con estas palabras que brotan de mi amistad y de mi admiración por vuestros trabajos: sed bien venido y por muchos años a este viejo hogar de cultura de la vida cordobesa.—HE DICHO.

APÉNDICE



APÉNDICE

Durante el acto de la recepción, que tuvo lugar en el salón de sesiones del Ayuntamiento, permanecieron expuestos al público diversos panoramas de la región andaluza, debidos al recipiendario, los cuales sirvieron de apoyo gráfico del discurso.

El recipiendario sustituye en el sillón de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, a Don Antonio Moreno Ruiz, ilustre profesor que fué de la Escuela de Veterinaria de Córdoba, fallecido el 16 de setiembre del 1925. Para el debido homenaje de respeto a su antecesor, cuya edad, cuyos prestigios científicos aumentan las distancias entre el Académico difunto y el novel, acudió a una fuente biográfica de inestimable valor: el artículo publicado en el «Boletín del Colegio Oficial de Veterinarios de la provincia de Córdoba», correspondiente a agosto del 1925, con motivo de la jubilación del Sr. Moreno Ruiz, y dijo así:

«Pocas vidas, en efecto, revelan una trayectoria tan radical y fecunda como la del señor Moreno Ruiz, quien, desde una humilde infancia, una de esas infancias que por falta de un presupuesto de Instrucción Pública de corte europeo suelen parar en una anónima madurez, llegó no ya a desempeñar una cátedra de la Escuela de Veterinaria de Córdoba, sino que honró la cátedra y la profesión haciendo de ambas un sacerdocio, y como si esto, de por sí tan difícil de realizar, por muy optimista que se sea, no fuese bastante, D. Antonio Moreno fué investigador, hombre de laboratorio, en los difíciles tiempos precursores de la técnica y métodos actuales de análisis micrográfico y químico. Baste decir que fué él quien diagnosticó bacteriológicamente por vez primera en España la Meningitis epizoótica del caballo, y este resultado feliz para él y honroso para la clase veterinaria española lo publicó, como los demás trabajos, en un Boletín que imprimía y publicaba gratuitamente.

Fué un ejemplo de perenne juventud intelectual, un hombre modelo que de la cátedra no hizo jamás un sepulcro de los estudios preparatorios de la oposición, sino un constante punto de partida, un arco tenso con una flecha que apuntaba siempre al más allá, donde se aleja más que recata la Verdad, siempre fugitiva...»

Indicación de los trabajos publicados por el geólogo y geógrafo D. Juan Carandell, (1) por A. G. M.

Las calizas cristalinas del Guadarrama. Madrid 1914. (Publicado por la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas.)

Contribución al estudio del glaciario cuaternario de la Sierra de Gredos. En colaboración con Hugo Obermaier. Madrid 1916. (Publicado por la Junta para ampliación de estudios.)

Guadarrama. Texto de C. Bernardo de Quirós. Gráficos de J. Carandell. Madrid 1915. (Publicado por la Junta para ampliación de estudios.)

Los glaciares cuaternarios de Sierra Nevada. En colaboración con Hugo Obermaier. Madrid 1916. (Publicado por la Junta para ampliación de estudios.)

Los glaciares cuaternarios de la Sierra de Guadarrama. En colaboración con Hugo Obermaier. Madrid 1917. (Publicado por la Junta para ampliación de estudios.)

El glaciario cuaternario en los montes ibéricos. En colaboración con Joaquín Gómez de Llarena. Madrid 1918. (Publicado por la Junta para ampliación de estudios.)

Apuntes sobre el origen de las montañas. En colaboración con Bartolomé Darder. (Publicado por el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Mayo 1918.)

Nota acerca de la existencia de Aragonito en los alrededores de Cabra (Córdoba). (Publicado por el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Junio 1919.)

La morfología de la Sierra Nevada: ensayo de su interpretación tectónica. (Publicado en la Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid. Tomo XIX. Julio, Agosto y Septiembre 1920.)

Bosquejo geográfico del Tajo de Ronda. (Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.)

El punto de vista matemático ante el problema de la barisfera terrestre. (Publicado en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Junio-Julio 1921)

Procesos constructivos en algunos puntos del litoral español (tomolos). (Publicado en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Octubre 1921.)

El borde de la meseta terciaria en Alcalá de Henares. En colaboración con Lucas Fernández Navarro. (Publicado en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Noviembre 1921.)

Notas acerca de una excursión geográfica a Priego (Córdoba) y sus alrededores. (Publicado en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Enero-Febrero 1922.)

1) No hacemos mención en esta relación de la enorme labor divulgadora del Sr. Carandell, realizada en la prensa diaria, en conferencias y en escritos menores. Esta labor hace del Sr. Carandell un escritor de múltiples facetas, pero en la que predominan sus aficiones de sociólogo y de pedagogo. La enumeración de sus trabajos requeriría mucho espacio.

En cuanto a las obras y trabajos citados, la modestia del Sr. Carandell nos ha impedido hacer una breve reseña de cada uno, o al menos de los más importantes. Baste decir que esos trabajos honran a la clase a que pertenece su autor y al país que produce trabajadores de tan elevada alcurnia mental y de tan prodigiosa actividad.

Contribución a la petrografía de la Sierra Morena. Rocas de Adamuz (Córdoba). (Publicado en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Julio 1922)

El movimiento geográfico europeo en estos últimos tiempos. Por W. L. Joerg. Traducción de la parte referente a Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Portugal por Juan Carandell.

Los bloques-diagramas. Algunos sencillos consejos para su trazado según A. K. Lobeck. Traducción y resumen por Juan Carandell. (Publicado en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Abril 1924.)

La topografía glaciaria del Macizo del Trampal-Calvitero (Béjar). (Publicado en el Boletín del Instituto geológico de España. Tomo XLV.)

La Sierra de Cabra, centro geográfico de Andalucía. (Conferencia leída en el Instituto de Córdoba y publicada en el Boletín de la R. A. de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de la misma capital.)

El Museo de Historia Natural del Instituto Aguilar y Eslava de Cabra. (Publicado en la Revista de Segunda Enseñanza.)

Las ideas actuales acerca de la formación de los Alpes y las cordilleras ibéricas. El D. Emile Organo. (Publicado en la Revista de Segunda Enseñanza.)

Datos para la Geografía física y humana del litoral atlántico de la provincia de Cádiz y estudio de una población típica: Rota. (Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica. Madrid 1925.)

Un típico paisaje cárstico en Andalucía. El Torcal de Antequera (Málaga). (Publicado en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Mayo 1925.)

Un aspecto de nuestra cooperación a la etnografía regional. (Publicado en la Revista de Escuelas Normales.)

Nota acerca de la tectónica de la Sierra de Cabra. (Publicado en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Noviembre 1927.)

El décimo cuarto Congreso Geológico Internacional de Madrid. (Conferencia celebrada en la Real Sociedad Geográfica el 26 de Abril de 1926 y publicada por esta misma Sociedad. Madrid 1926.)

ALGUNOS TRABAJOS DEL SR. CARANDELL PUBLICADOS EN LA REVISTA IBÉRICA

Estudios fisiográficos en la cuenca del Guadiaro. (Región andaluza.)

Nuevos apuntes acerca del curso del Guadalquivir entre Villa del Río y Alcolea (Córdoba.) (Publicado en el número 365.)

Los nuevos rumbos de la Geología. (Publicado en el número 312.)

La isostasia y la corteza terrestre. (Publicado en el número 457.)

Apuntes fisiográficos de la región andaluza. El Guadalhorce en el Chorro de los Gaitanes (Málaga.) (Publicado en el número 471.)

Comentarios a la Geografía árabe del río Guadalquivir. (Publicado en el número 515.)

Las grandes reservas hidráulicas de la Alpujarra. (Sierra Nevada). (Publicado en el número 574.)



Las terrazas cuaternarias del Guadalquivir. (Publicado en el número 604.)
Geomorfología del borde ibérico entre Alhama y el Monasterio de piedra. (Publicado en los números 650 y 651.)

Ha colaborado además en la *Geografía Universal* que edita la casa Gallach.

Ha traducido al castellano la última edición de las clásicas *Tablas Mineralógicas*, del Profesor P. Groth, de Munich. (Publicación de la Junta para Ampliación de Estudios.)

Dos tomos de la *Geología* del Profesor alemán Frech, para la casa Labor, que además tiene en prensa un tomo de Geografía física, original.

También del alemán, una notable *Geografía de la Península pirenaica*, del célebre botánico M. Willkomm, que comenzó a publicar la «Revista de Segunda Enseñanza», de Madrid.

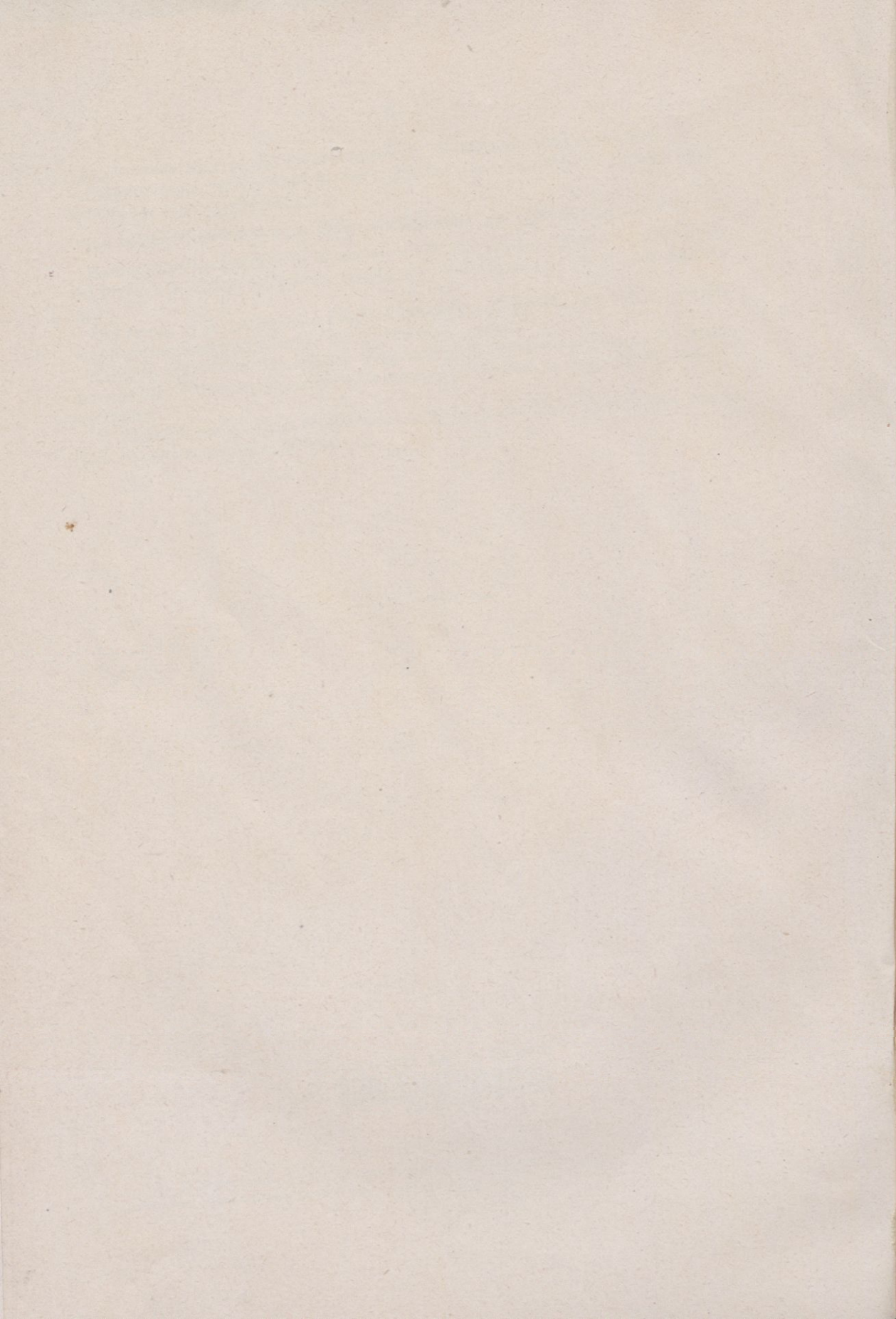
Y del inglés, varias obras del patriarca de la Geografía física, W. M. Davis, que están todavía inéditas en castellano. (1)

JE CATALUNYA. BIBL. DE FIGUERES



1303815135

1) El último trabajo del Sr. Carandell en colaboración con el Sr. Cruz Rueda, es la traducción de la magnífica obra sobre **Azorín**, del Profesor alemán Werner Mulertt.



CLCIII 8^a

Generalitat de Catalunya

BIBLIOTECA POPULAR
DE FIGUERES

Reg. 7020

Sig. 05 (46.8 Cor)

Real

